CARLOS REYES RAMÍREZ

EL JAGUAR ABRE LOS OJOS









CARLOS REYES RAMÍREZ

EL JAGUAR ABRE LOS OJOS



Colección
Lima Lee




CARLOS REYES
RAMÍREZ

Carlos Reyes Ramírez

Requena, Loreto, 1962). Poeta, biólogo y gestor cultural. Realizó estudios de pregrado en Biología y de postgrado en Acuicultura en la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana (UNAP). Ha viajado por diferentes ríos amazónicos y es conocedor de diversas comunidades indígenas. Participa en la sostenibilidad de recursos pesqueros en la Amazonía peruana: fue profesional de campo en la Reserva Nacional Pacaya-Samiria y, actualmente, destacado profesional del Ministerio de la Producción. Desde la década de 1980 forma parte, junto a Ana Varela y Percy Vílchez, del emblemático Grupo Cultural Urcututu. Además, entre 2007 y 2009, dirigió el Instituto Nacional de Cultura en Iquitos. En 1986 obtuvo el premio Copé de Oro con el libro *Mirada del búho*. Ha publicado, también, *En el mejor de los mundos* (2001), *Retorno al parque de los pescados* (2003), *Animal de lenguaje* (2011) y *Las provincias secretas* (2018). Poemas suyos aparecen en antologías diversas: *Antología de la poesía peruana (generación del 80), Antología de la Poesía Peruana del Siglo XX, Poetas del Siglo XXI. Antología de Poesía, ¡Más aplausos para la lluvia!* y *Allí donde canta el viento.*

El jaguar abre los ojos

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

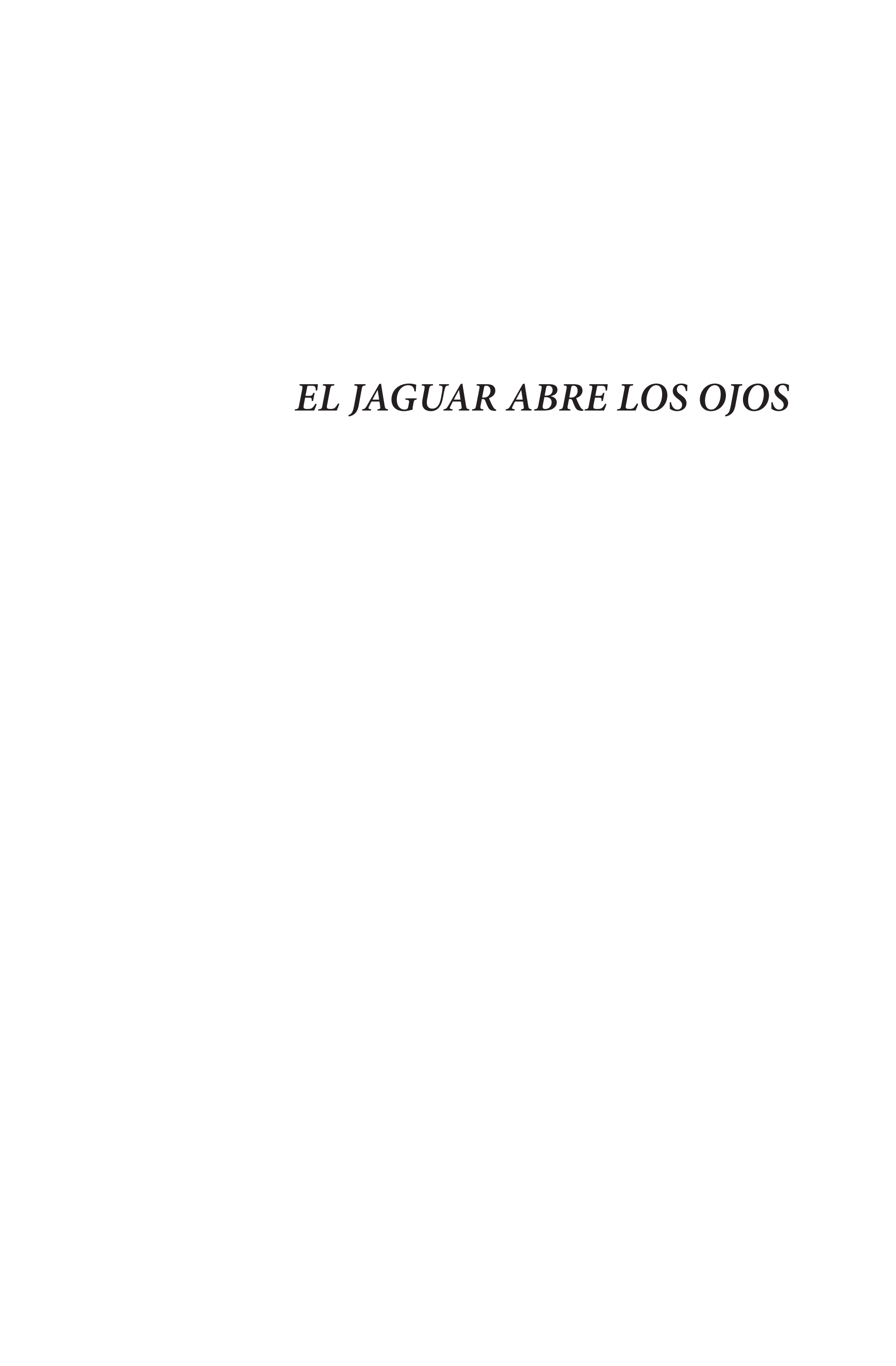
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL JAGUAR ABRE LOS OJOS

Biblioteca de madera en la habitación

Nada tengo sino libros arrumados como tercios de leña para incendiar el mundo,
igual a bejucos en donde nacen ríos planetarios conectado a otros astros por
agujeros siderales.
Nada sino animales de mimeógrafo que desovan sobre estantes de madera y
despojada naturaleza viva,
ángeles cibernéticos en cada página, en cada texto que amontono con recelo.
Nada en este cuarto exuda palabras caudalosas, solo la locura de los años, la agonía
de los autores asistiendo a la fiesta de un siglo que nos azota con su tecnología.
Nada tengo sino libros que sorprenden y libros que disgustan, anaqueles de cedro
y de libros oliendo a naftalina y a revolución perdida.
Nada sino la luna dibujada en el insomnio y en las calles mojadas por las siempre
oportunas lluvias de noviembre.
Nada sino el canto de la mañana desgajada de los compendios que cobijaron mi
juventud exagerada,
libros que necesitan ser leídos por los millones de niños del mundo.
Nada tengo sino esta biblioteca que resplandece muy temprano y desata temblores
en la tierra.

Los viejos periódicos

Para Andrés Mármol Burgos, *in memoriam*

He ordenado mis viejos periódicos como quien arregla cuentas con su pasado.
Con los ojos afilados advierto que de sus páginas se desprende el firmamento.
Sobre ellas las hormigas han establecido un imperio donde gobierna un sátrapa.
Aquí están mis iconos más celebrados y los nombres que amé durante la estación pasada.
Mis manos apenas pueden contener la belleza y la sabiduría de los viejos papeles,
pero el tiempo —ese anfibio alejado de las charcas— no retorna,
y eso nos vuelve desdichados, nos convierte
en primates atados a una cuerda de vergüenza e intolerancia.
He ordenado mis viejos periódicos.
He arreglado mis dieciocho, mis veinte años.
Deambulo en la memoria, en el plagio, y por encubridoras aulas;
por edificios antiguos, pintarrajeados, cubiertos de consignas deslumbrantes; por cantinas, los bajos fondos,

por parques llorosos, por calles atestadas, deambulo.
Recorro la tinta impresa imaginando un luminoso planeta de fauces fluviales.
Busco entre escombros, en cada hoja suelta, viejos temores:
lluvias nostálgicas, barcos perdidos,
la fotografía de mi padre, la única casa en la explanada de amasisas.
Escruto infolios, páginas, líneas sagradas, amores.
Huyo en veloces vehículos por la fatigada ciudad.
He ordenado mis viejos periódicos en los dominios del Yaguarovy.
Lejos la juventud, los cuadernos donde solía escribir poemas
numéricos y matemática de la lengua.
Lejos la voz del animal de lenguaje, sabio y depositario de la ciencia.
Lejos el noble catedrático que aprobó mi examen ordinario
repleto de garabatos y brutal detracción contra las universidades;
lejos los animales inclasificables, el mundo invertebrado y el charco
de los anfibios, lejos
los fértiles barrizales que gobernaron la prehistoria, donde
la vida se acostaba en los centros de matanza y jolgorio.

Evocación de un viejo poeta

En las violentas alturas de la noche y el insomnio pienso en ti.
Pienso en ti en las alturas de la lucidez y las ventanillas de pago.
Inmenso animal de la madrugada, potro descabezado, te imagino
sentado en un sillón de fieltro rojo,
retumbando —como antigua máquina de escribir—,
mojando los dedos en la boca entre papeles de deudas y libros de caja.
Te observo sorprendido en los antiguos libros de historia o literatura.
Pienso en los centros de venta y compra de conciencias, donde te atorabas
de números,
te atragantabas de papeles violetas, de mohosos pagarés, de foliados
documentos inconclusos.
Atisbo desde un rincón del restaurado edificio, la siembra de billetes refulgentes
dominando la ciudad y sus barrios pobres.
Miro a los puntos cardinales y observo los dudosos señuelos donde muerden
con hambre los que nada tienen.
En las violentas alturas de la noche y el insomnio pienso en ti,
animal citadino cubierto de letras escarlatas y ciudad violenta.

Viaje de un poeta en ómnibus latinoamericano

Amo las ciudades arruinadas:
palacios de vejeces, torreones muertos,
villas arrasadas, dominios sumergidos,
hostales del hombre sin salvación,
pero vivas en su instante.
Percy Vílchez Vela

¿Quién diría que se dirige hacia lo nunca conocido, en busca de la Utopía, al núcleo del Big Bang, en el inicio del todo?
¿Quién diría que el ómnibus es apenas un insecto metálico transportando a un poeta soberbio de alegría?
¿Quién diría que sus bolsillos están llenos de arcilla, de estrellas fugaces, de vírgenes ateas?
¿Quién diría que juntos bebimos el ron más fuerte, hasta el amanecer, tratando de arreglar los entuertos del mundo?
¿Quién diría que fuimos cuatro y luego tres y matamos la tristeza cuando el derrumbe era lo cotidiano?
¿Quién diría que su rostro es un vuelco rápido y su voz aullido de hombre/vecino de Túpac Amaru, la barriada que fundó mi abuela?

¿Quién diría que su madre/mi madre no se encontraron jamás
siendo supernovas en explosión constante?
¿Quién diría que naceremos de nuevo sobre un bosque que se
consume de su propia riqueza, de su grandeza?
¿Quién diría que las calles desoladas, las callejuelas cálidas, serán
nuestras bibliotecas, nuestro hogar sagrado?
¿Quién diría que siempre amaremos a las muchachas de pueblo,
aunque nos odien los gobernantes?
¿Quién diría que al fragor de la noche compartimos poemas
junto a gallinas y gatos de la casa?
¿Quién diría, compadre, que esta sopa planetaria es nuestra y
tenemos que beberla, aunque nos cueste la vida?
¿Quién diría que los amigos están lejos y más lejanos cada día a
pesar del desarrollo y la tecnología?
¿Quién diría que la antigua facultad, escondida en las fronteras de
la ciudad, sigue en pie como un floreciente árbol de caoba?
¿Quién diría que los limoneros cobijaron nuestros sueños hasta
que los hongos se comieron las hojas y los tallos?
¿Quién diría que la risa del hombre florece en el campo junto a las
campanillas, el llantén, y el piñón que mata los vermes?
¿Quién diría que el mundo gira sempiterno, ovoide, semejante a
cáscara de primera eclosión de reptiles y aves?
¿Quién diría que somos huérfanos de padre y madre,
progenitores de una generación de niños confundidos?

¿Quién diría, poeta inubicable, laberinto de lo cotidiano, cigarrillo
de pescador entumecido, quién diría que apenas hemos nacido
para el mundo?
¿Quién diría que en la fragua del orfebre somos metal que
revienta, la palabra inédita que se publica?

La ronda

Esa ronda avienta nuestros sueños con grandes abanicos rurales.
Esa ronda atravesada en las orejas que ahora revienta sobre la mañana soleada. Esa ronda ya nadie juega en los patios.
Esa ronda ya nadie juega sobre las planicies de gris hormigón y sobre un mundo construido en las pantallas del televisor.
Esa ronda habita la memoria y los huertos cubiertos de hierba.
Esa ronda nos vuelve cándidos y honestos, nos convierte en pan y enlatado de pescado.
Esa ronda se ha hecho para despertar a la niña, a pesar del sueño y sus paraísos de colores.
Esa ronda vigila inmensas pampas de la aldea.
Esa ronda con sabor a guayaba y blanda anona.
Esa ronda te persigue cual animal desatado, cual animal enfurecido, cual animal hambriento.
Esa ronda quema las naves y enciende las piras de la infancia.
Esa ronda quema los barcos del olvido y persiste en la infancia y la inocencia.
Esa ronda incendia los patios de la aldea. Y esa música.

Éxodo de la niña

Es mejor que huyas de esa fotografía antigua y carcomida en tu memoria.
Es mejor que junto a las aves silvestres huyas del pueblo donde te retienen
junto a los fantasmas que temes.
Es mejor que el éxodo como bandera y símbolo confirme tu despedida
y te libere de la callejuela donde los perros ladran a los transeúntes y aúllan
a la noche.
Es mejor que los vehículos radiantes, las carretillas luminosas y los
marginales de la madrugada, sean solo recuerdos de tu infancia.
Y mejor si huyes de la urbe provinciana atada a tus faldas
y escapas del animal que retorna a los espejos violentos de los parientes.
Es mejor que tu pueblo se aleje cada día más y sea solo un punto arruinado
en tu cabeza de niña frágil.
Es mejor que huyas gritando, exclamando, y en medio del marasmo
no seas la niña asaltada por los adinerados que atropellan la inocencia de la
calle inundada.
Es mejor tu huida en las enmohecidas embarcaciones para olvidar que fuiste
barro ahogado de la ciudad y muchacha abrumada por sonidos de
centros comerciales y cantinas donde humeaban los licores de agosto.

Animal de lenguaje

Animal que destroza las puertas en el rostro de los mandones de la ciudad.
Desbocado camina y rompe las cuerdas que atan sus patas y sus brazos extendidos.
Cabalga por las calles ardientes desconociendo los letreros, los semáforos, las luces de la ciudad que impiden ver el tremor de las estrellas.

Ensayo sobre la noche

La noche atraviesa sus filudos cuchillos sobre el rostro de jóvenes platónicos.
La noche leva anclas hacia puertos desconocidos cual barco sin bitácora.
La noche, solo la noche, espera, caliente animal sobre los parques.
La noche abre paraguas sobre amantes y gritos de nonatos.
La noche, trueno inesperado, atemoriza a la muchacha como si fuera un cíclope
escapado de libros del espanto.
La noche, cantina de los desesperados, lugar donde no mienten los suicidas.
La noche, iluminada balaustrada, recoge ramilletes del cuerpo amado.
La noche alza su ancha mano de estrellas y galaxias y desgarra sus muslos en
flores de viveros prohibidos para intrusos.
La noche se cierne sobre la calle 5, en el barrio Belén, y perpetúa escalinatas
grises y lánguidas luces.
La noche mantiene su visión plateada de río viejo y de amor perdido en los
ojos de gata de Marlene.
La noche atraviesa nuevamente en un rayo tributario y parte las espaldas de
los que se aman.
La noche despierta iluminada cuando la nombro bajo una lámpara de otro tiempo.

Para hablar del río Amazonas

Ese río está en papeles y maderos y frente a nosotros mordiendo
nuestras tradiciones.
El río es nuestro y nuestro el pescado para saciar el hambre del planeta.
Y no está lejos. Sí escondido entre las rendijas de una casa derruida
y con un nombre extraído de tierras lejanas, de zonas densas y
humosas.
Ese río demuestra ser la serpiente sigilosa. Sus aguas desembocan en
una galaxia desconocida.
Ese río trae la arena ocre, la que María del Carmen, mi abuela, garabateó
hace ochenta años.
Ese río golpea mi puerta tecnológica con el travieso demonio de las
chacras, el mismo de las coloradas alturas del Yarapa.
Es lo único que queda por observar y por saber quiénes somos: un
universo silvestre de agua dulce.
Ese río tiene borrones en la memoria, pero no olvida los genocidios por la
trémula leche del árbol.
Ese río tiene sueños postergados, pues ha vigilado las orillas por siglos y siglos.
Ese río nos pertenece, aunque lo hayan trocado los gobernantes.
Ese río está salado por la incuria de unos cuantos señores que sermonean
desde la comodidad de sus recintos.

Ese río.
Ese río, madre, es el mismo que tú y yo miramos en diversos tiempos y
desde diferentes navíos.
Ese río se ha propuesto atormentarnos con sus resplandecientes ojos y su
ausencia de peces plateados.
Ese río insinúa violentar las normas impuestas por la corporación boca y
garras de otorongo.
Ese río espera con la tranquilidad de un Dios inerme que observa
espantado la destrucción del mundo.
Ese río solo demanda lluvia para florecer la cosecha del año.
Ese río nada tiene de misterioso. Espera que hombres y mujeres mojen
sus cabellos en sus terrosas aguas.
Ese río se ha teñido de rojo y ha gritado por su enorme boca de reptil
Yakumama.

Poema

Eran los tiempos descritos en los grandes
monumentos,
altos y estirados como ríos memoriosos,
y las mañanas olían a su vieja colonia
de bóveda profanada y rostro quieto en el espejo.
Eran los tiempos, los tiempos que no cambian
de color, de piel de pájaro o primate:
un tronco que se sostiene de hilo que ya no es
sino las casas, los pies y sus proyectos.
No caminaron. No conocieron la felicidad.
Y pretendieron los días echando la moneda al suelo,
jugando al último anfibio templado al sol
sobre el pasto abierto y calcinado.
Y aprendieron de memoria en los libros robados
la geografía de los héroes, de los santos negros,
la arquitectura y el recuerdo de países lejanos
de tus sueños y los míos como un perro que lame
el gargajo y los humores de los dioses.
Eran los tiempos viejos y su estertor de ave herida,
la carne que humea sin remedio.

Retrato de Joshua

Blanco y negro se entrecruzan en una violenta pesadilla de inicio del siglo.
Sobre la cartulina se observa el apelativo de un noble carpintero y de su
verbo inflamado eclosiona la palabra que hará estallar la vida.
La frágil figura ocupa tres cuartas partes de la página. Está sobrecogido y
nadie sabe si es humano o pertenece a especie NN.
Los estudiosos afirman que es Joshua, el Ungido. Yo apenas puedo distinguirlo.
Su apariencia demasiado trivial se aleja glauca y raudamente de su aura divina.
Su rostro no es de hombre ni de mujer, sino una sincronizada sucesión de
letras, un alfabeto sobre la arena.
Advierto, sutilmente: su mirada se dirige hacia los puentes de Occidente.
Hay en su pecho un relámpago celeste que no es celeste sino candela.
De sus brazos brota el color por el que Vincent van Gogh era capaz de matar.
Sus manos están heridas por exponerlas al fuego para demostrar la virtud del
prójimo y del lejano.
La túnica que lleva es nueva y humilde: es la respuesta a lo superfluo.
Los trapos que lleva se arrastran por la tierra y los antiguos adoquines y deja
mostrar la
aureola de un ser que está aquí y está más allá de todo lo conocido.
La túnica es nueva y humilde. Es nueva y humilde.
Sospecho bien: su lenguaje decente habla sabiduría de aquel que está alejado de
la política y las maquinaciones del Estado.

Desde la ciudad arruinada no puedo percibir la comisura de sus labios, no
puedo leer lo que hay detrás de cada frase.
Miles dicen oírlo, millones asisten a sus catedrales, pero pocos escuchan su
insistencia en abolir la muerte y la injusticia.
Por las noches, la presbicia no me impide ver que en una zona de su cuerpo se
esconde la pátina de una biblioteca de otros tiempos,
una inusual librería donde un joven estudiante de ciencias ha meditado sobre
la alegría en los rincones de la infancia.
Los comerciantes, desde sus templos económicos, han hecho de su figura
un estatuto virtual, una imagen para vender en los mercados.
Los vagabundos y desheredados, los dementes y los desahuciados,
esperan que su retorno sea el de un capitán sobre un zepelín dorado.

Variaciones en la carretera a Nauta

A mis espaldas ha quedado la antigua Nauta.
En la carretera arde en vivo el ideario de los inocentes
y los nobles.
Arden insectos y orugas en su metamorfosis y en
floresta descascarada,
vuelan por los aires cenizas orgánicas y vespertinas,
arde el cedro, arde la caoba,
arde la savia peregrina
y cual historia de la infancia ulula el viento fresco y
poderoso.
Atrás ha quedado la arrogante Nauta.
A diez kilómetros, alejándome, el mundo es polvo y humo
que enceguece la mirada.
A diez kilómetros, entre la arquitectura de los vegetales,
la tierra es negra, el astro errante, el carbón rojo.
Desde el ómnibus veo el bosque arrasado y nadie
entre los pasajeros pregunta por el bodegón del
muerto planeta muerto.
En la carretera arden las chacras, se incendia la
Tolerancia,
la Doctrina es hoja seca ante los ojos del pirómano,

se consumen en aguardiente y fuego los auténticos dueños
de las tierras.
En la carretera las tradiciones —largas trenzas de lluvias
y brebajes— son escupidas por los miserables.
¡La carretera te llama! ¡La carretera me llama!
En la carretera las montañas son devastadas por Atilas
posmodernos.
Todo el bien se cuece en la brasa castradora de la carretera:
los libros, los cuadernos, las maravillas
del Nuevo y del Viejo
Mundo,
la protesta azul y rojo de los jóvenes, reclamando,
exigiendo,
que acabe toda esta mierda que convierte
al dinero en Dios de sátrapas y tiranos.
En la carretera la sabiduría animal hierve a 98 ºC.
En la carretera el saber del zoo arde en la parrilla de la infamia.
La vida entera y única arde en brazos de la infame carretera.

Mi madre silba una tonada en un planeta bocabajo

Mi madre silba el alegre retorno del trabajo y cuestiona los bajos salarios del
quebrantado país del látex/*káuchu* y las correrías.
Mi hermano y yo conocemos la tonada desde tiempo atrás.
Mi madre ojea los infames diarios y encuentra que el mundo está al revés,
bocabajo,
y nada puede sino volver a ser la irreprochable rosa, recluida en un país que
derrama protesta.
En la mesa estamos todos y esta vez hablaremos de temas frecuentes, de la
simpatía por este
o aquel, o por quien mejor estampa la sonrisa en las pantallas del televisor.
En la brisa, el silbido arranca la emoción de un niño que vaga las calles
y merodea por las salas del cinema, perdido en los coloridos universos del cómic.
Mi madre silba una tonada para despertar a los fantasmas que habitan en el
cuarto de la abuela.
Habla de sus sueños: recuerda Cedro Isla, cuando el río era una líquida
columna y la escuela un cardumen de peces plateados.
Mi madre silba la tonada que conocemos desde antes. Ella silba para salir del
escondrijo en que vivimos.
Un silencio inusitado se yergue como una montaña infranqueable.
Mi madre silba una tonada para curar al mundo de sus epidemias más sonadas.

El libro arcoíris

Abierto ante los ojos de la serpiente, delante de las ojeras de quien
no duerme, de aquel que despierto sueña con una montaña de basura.
Cómplice del suicida, el libro abierto junto al ordenador espera que
la muchacha de los garbones celebre la fiesta de aniversario.
Con alto lomo de corvina, el libro de versos fáciles y malas palabras,
yace sobre la madera desbrozada de montes protegidos.
Sus múltiples pupilas otean tres letras escarlatas, vagas consonantes,
diminuta vocal y la sabiduría de ancianos y recién destetados.
Pequeño y deshojado, el libro de fibras estelares imagina hombres que
sueñan paraísos y cinemas desgastados, historias que asaltan la matiné
de la memoria.
El libro violeta-amarillo-verde-rojo-azul-anaranjado.
El libro arcoíris
levanta la mañana y relee al hombre del siglo que aparece.
Con sus ojos vigilantes, descubre la galaxia caliente, la curvatura geométrica,
la elipse sideral.
Cubierto de brillo y miseria, es el único vaso para beber las noches.
La gente se sorprende al verlo, ebrio, caminar por orillas calladas y solitarias,
esgrimiendo un lente cinematográfico, el ojo perspicaz del perro solitario,
que capta la belleza de la madrugada.

1983/Los años

Otro será nuestro canto edificado sobre los escombros.
En las calles mi generación pasea un nombre bastardo
y los poetas escriben emocionados como nunca.
La soledad es un libro muerto, un barco
náufrago ante nuestros ojos apacibles.
Ya no beberemos las turbias aguas con alegría
ni treparemos el final de las estaciones
mientras los campos se consumen en charcos de aceite
y los hombres son zaheridos por filudos pianos.
En mil novecientos ochentitrés otro será
nuestro canto, otros nuestros hijos que nacieron
llorando bajo un techo de ceniza y calígine
mientras las estadísticas proclaman el derrumbe
con lluvias y truenos.
Hoy no basta que viajemos como un ave desganado
al amparo de la luna, porque otro será
nuestro sueño en las noches violentas:
un imprevisible ascenso de cuerpo malherido
y nuestra piedra imposible la lluvia que rompe
los cristales de la memoria que se aventura.
¿Qué sabes de esta llave oxidada en los baúles,

qué de estos días sembrados en los cementerios?
Ayúdame en esta difícil contienda, en todo
aquello que estaba perdido y hoy renace,
ayúdame a inquietarme como un niño entre las
hormigas
mientras la vida huela a miel y aguardiente.
Porque este año que avienta el fuego en el bosque
huye por las desgarradas ventanas del incesto.

El paraíso en la universidad

En las aulas de biólogos encendí una lámpara para alumbrar el camino largo a la universidad.
Éramos varios alumnos y prendimos más faroles, más lámparas, más lamparines.
Éramos jóvenes con un cartucho de lapiceros en las manos y un ojo bien prendado del monóculo.
Muchachos que no dormíamos porque al amanecer nos acompañaban nombres fantásticos y muchachas que trepaban
las estadísticas como árboles mutantes, vegetales numéricos para enfrentar los tiempos modernos que se venían.
Se comentó que las semillas sexuales tenían un camino inequívoco hacia los ríos de aguas densas y nutritivas.
Se dijo que las aves fueron reptiles a quienes les crecieron plumas y así volaron, torpes, en manada, hacia la aclamación y el delirio.
Era la época de la creciente de los ríos y los peces se escondían entre matas, bejucos y árboles.
Mi abuela, sable en las manos, espantaba las sabandijas, hacía volar por los aires las hierbas trepadoras.
Tiempos aquellos que rodaron cabezas desde las lomas, allí desde donde se miraba el Amazonas.

Tiempos felices aquellos, donde madre regresaba con la alegría de trabajar en los hospitales y para la gente pobre.
Y encendimos antorchas para incendiar la palabra, para avivar los mitos, para enriquecer la ciencia, el idioma.
Eran largas jornadas entre el debate y la tertulia, nos tragamos las galaxias, sorbimos nebulosas, bebimos todo el sistema de estrellas.
Fueron tiempos nobles y generosos como los actuales nobles y generosos.
Tiempos buenos, tiempos malos, tiempos, solo tiempos, tiempos.

Desvalijando tiendas

En las tiendas de los tagarotes, con corazón galopante, me apresuro por ser cómplice de los ladrones.
En los amplios salones de mercancía voy y vengo y soy el que piensa violentar las normas.
Recorro las secciones, de la primera a la tercera, de la tercera a la segunda, y decido convertirme en canalla reluciente.
Veo el plástico y las ruedas del consumo, veo los sillones del profeta, del devaluado Dios que envía los capitales de la muerte.
Aquí, ante mis ojos, ante mis negros ojos que han descubierto un cielo de vírgenes vagabundas,
aquí ante el respetable poder de la miseria, aquí la maquinaria perfecta de los bagazos del planeta.
Nadie registra mi presencia ni advierte mis intenciones sobre el cristal de la Economía, ni siquiera
las muchachas que mueren debajo de las marquesinas por salarios miserables.
Nadie cree que soy cómplice de avezados ladrones.
Nadie observa, nadie mira mis zapatos, ni las cámaras ocultas que filman estrellas y genocidios,
esas que lamen símbolos preclaros de dominio y poder, nadie descubre mi presencia.

Soy el que se esconde en las literas y los fardos, soy el que mira el ocaso del astro desde un balcón soleado.
En las tiendas de los tagarotes celebro la maldición de los empleados,
me desternillo de las obscenidades que brotan en rudos pescuezos, aplaudo la prisa ganosa de los cacos y vagabundos.

Palabra mayor

Sea la palabra:
¡Que suceda lo que haya de suceder! / ¡Que el mundo gire y gire! /
¡Que ruede la corruptela de los amigotes! / ¡Que pinten de plomo los corazones! /
¡Que sean morados todos los santos! / ¡Que todos me odien! /
¡Que todos me amen! /
¡Que triunfen los adoptados como enemigos! / ¡Que cobren los traidores! /
¡Que dancen sobre mi cabeza! / ¡Que los mafiosos echen sus dados sobre mis trajes! /
¡Que me arrebaten sueños! / ¡Que destruyan mis poemas! / ¡Que incineren mis
libros, mi biblioteca entera! /
¡Que me nieguen la música de los jóvenes melenudos! /
Sea la palabra:
¡Que mueran las agencias mortuorias! / ¡Que las cajeras sean eternas! /
¡Que todos vean lo que quieren ver! / ¡Que los pequeños se agiganten! /
¡Que la hora se detenga! / ¡Que la existencia sea la misma! /
¡Que Laura siempre me espere en el puente! / ¡Que la inocencia no sea pecado
cristiano! /
¡Que nadie llore la soledad! / ¡Que nunca falte el agua para las plantas! / ¡Que
llueva todos los días! /
¡Que se laven las calles y los rostros! / ¡Que se enciendan los cinemas! /
¡Que se confundan las telenovelas! / ¡Que la TV sea un punto perdido en el
universo! /

¡Que la gente no pierda la alegría! / ¡Que nadie muera la víspera! /
¡Que abran puertas y ventanas los que aman! / ¡Que reverdezcan
infinitos los platanares! /
¡Que la sonrisa sea pan fresco de la mañana!

Poema a manera de puerta con mención al pájaro

Qué me detiene aislado en esta tierra abandonada
   por los hombres,
poseído y desgreñado por pájaros insolentes
   que golpean mi cabeza?

¿Qué me detiene en estos pechos enmohecidos
   por el llanto,
en este corazón de piedra o columna de bronce
   que se hunde
como un pozo milenario sin bordes ni lamentos?

Creo haber divisado tierra firme desde esta barca
   que me lleva o me trae
a islas memorables como ojo de búho trasnochado.

   Y sin embargo,
avanzo como una cuerda dura que soporta otro cuerpo
   a seguir imperecedero
al velamen de este trozo de madera tirado al agua,
   tirado al charco que me salva.

Una puerta nos advierte desde años inconfesable
y los perros
ahogan transeúntes en los dormitorios desgastados
y nos lamen el rostro y las llagas.
Algo está pasando como un viento fresco
por las veredas,
un despedazado encanto que se torna dorado
como el planeta,
un infalible cuerpo que se opaca en la distancia y
agarra cofres,
asombrados cuchillos que desgarran las carnes y
repentinamente los devuelve.

Libro verde de poemas rojos y azules

Un libro que busqué durante años.
En noches febriles, en librerías y bibliotecas de la ciudad, en las madrugadas, en los basurales domésticos y a las orillas de carreteras postergadas.
Es un libro manoseado y perverso que tiene en la carátula un revólver sagrado de seis balas de cobre.
Un libro de dulce metal para irrumpir sobre poetas inefables, para aplacar pasotas enloquecidos por el gentío,
rapsodas averiados por el olvido y agredidos por los siniestros deshechos intelectuales del planeta.
Es un libro cabeza de centauro: jinete de los viernes y los sábados y los domingos, en la catedral.
Este es un libro con vida propia: desayuna plátanos y pescado por las mañanas.
Libro verde con cara prestada, con rostro verde de alquiler.
Libro imaginado en centros de guillotinas y tuercas donde rompen los sueños de las muchachas.
Libro de anillos blancos, oculto en lugares a donde huye la gente para no ver al más primitivo y mezquino país del Tercer Mundo.
Un libro que solo conozco de memoria, porque en sueños me lo entregaron con una apócrifa dedicatoria.
Libro que huele a podredumbre de gran ciudad y tiene la trémula firma del otoño de 1956.

Un libro donde aprendí pasos misteriosos, arrastrándome por los rincones de la casa vieja.
Libro tomado de los vastos paraísos y de la muchedumbre que exige arroz y viento perpetuo.
En sus páginas, gobiernos universales asaltan y asesinan ilusiones en la memoria,
los niños arañan desperdicios en los basurales de Lima y en ciudades bañadas por el Amazonas,
los hombres gritan desesperados porque los televisores manchan con sangre la mañana
y consternados hasta el llanto, llueven lágrimas en el centro de un parque solitario.

En el mercado de abastos

En el mercado de abastos mi hija respira la fragancia de
verduras y plátanos maduros.
Corre sobre las baldosas mojadas, escondiendo su rostro
de fruta entre carnes rojas y aves degolladas.
Se abre ante sus ojos una colina de especies vegetales
y animales, una inmensa canica de naranjas y
condimentos de colores.
En el mercado de abastos, mi hija tiene entre manos la
solución a los conflictos del planeta.
Sus ilusiones flotan en el aire y atrapa esferas
novedosas, nuevos esfuerzos y mañanas fragorosas.
Las emisoras del pueblo nos asedian con sus
altisonantes comentarios, gritan sobre nuestros oídos
que mañana
los hambrientos protestarán contra los gobernantes por
los bajos salarios.
Mañana no irá a las aulas y mi hija lo sabe. Y, por cierto,
este viernes sentirá el estruendo del río en sus orejas.
Porque este viernes esperado
comeremos guayabas con gusanos y acaso juguemos

con los muñecos yaguas para recuperar la inocencia en
estos días feroces.
Mi hija corre en el mercado de abastos, escondiendo su
rostro homínido entre los pescados cuyos precios se han
encarecido esta tarde.
En el mercado de abastos mi hija ríe a grandes
carcajadas y hace mofa de las órdenes adultas, ríe de
buena gana de mi ignorante concepción del mundo.
Vagamos por la ribera porque mañana no asistirá a las
aulas, mientras
el sol esconde sus cabellos entre las nubes rojas.
A lo lejos, un barco se acerca afilando su mascarón de proa.

Crónica de una invasión

Así crecieron en los días quebrados y en las noches.
Y a escondidas allanaron las cuevas
donde paren las muchachas y se tienden los infantes.
Y caminaron famélicos sobre los años feroces
hasta arañar las tierras que de reojo ansiaban.
Aun cuando sus manos no tocaron
de los frutos amarillos
fueron expulsados a las tierras más secas
donde igual se tumba un cadáver
o se siembra una moneda oxidada.
Entonces apareció la fiebre, recrudeció la anemia.
Y sobre la arena caliente los hombres hablaron.
Y no hubo nadie bajo este cielo de hojas
que alimentara la memoria de los faunos.
Así las crónicas huesudas anduvieron
por los rincones de la barriga sonora.

Alabanza a Sinacay

I

Habías de nacer, Sinacay, sobre hormadoras salvajes
bello como una flecha que no sucumbió
ante el preludio de los ataques y los más fieros
combates de estos campos.
La luz de tus ojos mansos se violentó
ante la impúdica crueldad, y de tus labios
brotó una palabra tronante y erecta
para el final de un siglo de pestes y hambrunas.
Y creciste, Sinacay, bajo una aureola erguida,
astuto como un venado después de la carrera,
y tu voz alta y temblorosa encalló
en una playa poblada de algas y tortugas.
Sinacay, niño, Sinacay.
Dichoso hombre, planta y piedra.
sobre tu cabeza inmemorial crecen desde antes,
desde el cuchillo rupestre, la elemental vasija
que amamanta tu flácido estómago
tu figura vidriosa sobre una tela mojada,

la esperanza inmóvil que te impide atormentar
y atormentar los blancos pájaros de la noche.
¡Sinacay, Sinacay!
Joven entre las hembras viejas: tu pueblo
destruido por las aguas ha caído por pedazos.
Para nada has detenido el avance
de las fieras, del animal que desvela tus párpados.
Pero otro será tu desplome
sobre tu verde poblado de 100 hombres
y para entonces los primates te buscarán
entre los escombros y las adversidades
que imploran al negro planeta.
Y te encontrarán para amarte, para ser
el fauno, el único que alimente la jauría
mientras la luna invade la siembra.

II

Es el siglo 20 bajo la execrable dominación
de los primates. Sinacay, es tu siglo
vacilante y confuso entre la soledad de hierbas
y hormigas y el jadeante crepitar de los árboles.
Es el siglo que arremete alzado como estatua.

En estos días tu nombre —concha milenaria—
ha destrozado a los invasores de las tierras que amas.
Y se te ha visto, te han visto, hermoso Sinacay,
sobre los escombros de tu pueblo alejado, abierto
igual que un lagarto amado por los sables,
tumbado en las hojas que aventaron tu memoria
y tu infancia, los sueños de tus hijos
y la blancura rupestre de sus hijos que avanzan
por los antiguos avatares de la siembra.
«Nada, ni siquiera las aves que presagian
el destino logra tocarme, ni las estrellas rojas,
ni las vírgenes feas que presenciamos
desde una voraz tormenta de fuego. Nada pudo
atraerme a sus tablones pendencieros.
Porque he visto esto, y todo el lodo que cegó
mis ojos fueron inútiles ante la precoz embestida
de las fieras. Supe luego que estos y no otros
alimentaron sus lenguas en la proverbial
palabra que reclama, que exige
el retorno de las delicias y los platanales».
Sinacay, fue así como la época te alcanzó
y el frío deslumbramiento de unos cuerpos te amaron
y te golpearon boca arriba mientras afuera, detrás
de los patios, las muchachas bebían ardorosas cañas.

No obstante, un río blanco atraviesa tus ojos
y la memoria de tus antepasados muertos.
Sinacay, viejo amante en las postrimerías de un año
que lame tus vellos, hay viento fugaz
que te reclama para el final del siglo.

Entonces apareció la fiebre, recrudeció la anemia.
Y sobre la arena caliente los hombres hablaron.
Y no hubo nadie bajo este cielo de hojas
que alimentara la memoria de los faunos.



Colección
Lima Lee

